

Lleras llega en verdad cerca de un personaje de carne y hueso, y su reseña tiene para nosotros la ventaja de deshacer unos cuantos mitos que circulan aquí en torno a la imagen de la duquesa de Ferrara.

Menor atención merecen las otras tres reseñas⁷, que, en realidad, parecen un poco fuera de sitio en los dos volúmenes de *De ciertas damas*. El primer devaneo sexual de Napoleón resulta, como tema, poco concordante con el título. Por lo demás, la reseña de este asunto y las dos restantes son demasiado breves y fugaces, por lo que rompen el ritmo que establece la mayor parte del libro.

De ciertas damas vale, también, y ante todo, como obra didáctica, que podrá catalogarse entre lo mejor de nuestro periodismo formativo. Nada más útil para quienes no tenemos acceso a ediciones extranjeras en otras lenguas o para quienes necesitan suplir con buenas reseñas las lecturas que no podrán llevar a cabo por falta de tiempo.

ROBERTO PERRY C.

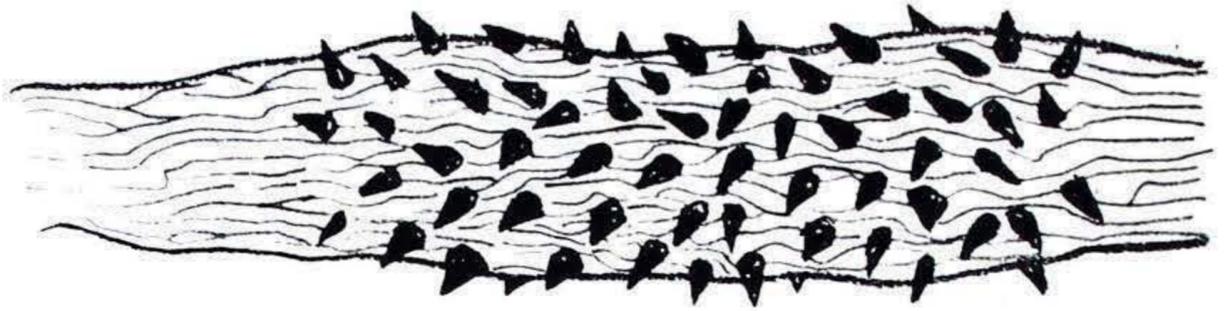
Pompas de jabón

Reflexionémonos. Veinte años de caricaturas de Antonio Caballero

Antonio Caballero

Fondo editorial Cerec, Bogotá, 1986, 220 págs.

El humor de Antonio Caballero se puede definir como los camaradas describen el de Ludvik, en *La broma* de Milan Kundera: "la sonrisa de un intelectual"; o como el mismo protagonista —el hombre de las mil caras—, se definía a sí mismo: "provocativo y crítico. . . cínico y artificialmente ingenioso". Solamente que Antonio Caballero no tiene sino una sola cara, aquella que proviene, como acertadamente lo expresó Marta Traba refiriéndose a Luis, el hermano de Antonio "de una familia de ironistas".



No hay vocablo que presente más matices que el humor: existe el humor negro, el blanco, el verde, el humor crítico, el gráfico, el mal y el buen humor, el carácter, la alegría, la ironía, la sátira, el sarcasmo, la caricatura, el chiste, la broma y, coloquialmente, el chascarrillo, las puyas y las cuchufletas. El término *caricatura*, acuñado a partir del siglo XVII, significa la mirada cargada dirigida a un ser humano, un grupo social, una nación o a toda la humanidad.

La mirada cargada de Antonio Caballero se dirige a su propio mundo, aquel compuesto de políticos, gobernantes, secretarías frustradas y solteronas: como el hombrecito pequeño, gordo y de anteojos, vomita sobre ellos su lava intelectual. Muchas veces recuerda a su tío, Lucas Caballero (Klim). También representa lo que se ha denominado el fino humor bogotano, tan incomprensible en la provincia.

Las caricaturas de Caballero se dividen en dos, las representadas en secuencias o cartones (de *cartoons*) y las que en un solo cuadro interpretan un incidente político. Con los cartones se inició como caricaturista adolescente. Aún en el presente utiliza este sistema. En ellos intenta crear tipos: la secretaria, el burgués, el policía, el guerrillero y el ama de casa. Esta forma de interpretar la realidad colombiana, ya sea política o social, proviene de la cultura de las jornadas de mayo de 1968; pero, al contrario de *La chinaise* de Godard que trascendió la época, la obra de Antonio Caballero, así sea realizada actualmente, se quedó allá. Se quedó en lo monótono de las escenas, en los

desesperantes espacios temporales, en la escasa movilidad de las expresiones, sólo perceptibles al autor y sus allegados, con el traspaso de humor que va de un intelectual bogotano a otro. La lentitud del pensamiento del hombre gordo, sin nombre —que recuerda a uno de los padres de la patria moderna— y el de todos sus personajes, contradice las teorías de la narración moderna, herederas de Joyce.

Cuando Antonio expuso sus cartones en la galería San Diego en julio de 1968, se admiró su dibujo, pero sobre él pesaba el talento de su hermano Luis, el mejor dibujante del arte moderno colombiano. Cuando reapareció en 1977, con un personaje nuevo, el policía ingenuo, a pesar de la situación política interesante que presentaba, tampoco llegó a convencer. Porque traía consigo los mismos defectos de nacimiento de sus cartones: la excesiva intelectualidad y la monotonía. Como elaborador de secuencias y creador de tipos, Caballero ha fracasado.

⁷ Se trata de reseñas sobre las obras que se citan a continuación en el orden en que aparecen en *De ciertas damas*:

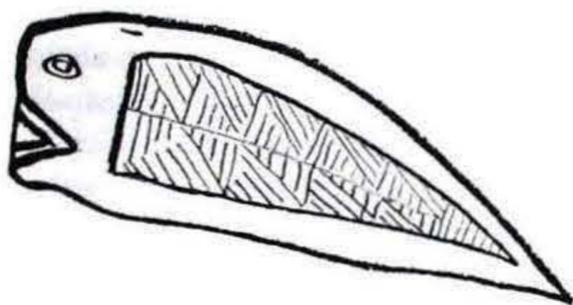
a) *Le cortigiane veneziane del Cinquecento*, edición a cargo de Rita Casagrande de Villaviera.

b) Guy Breton, *Historias de amor de la historia de Francia*.

Maurice Rat, *Aventurieres et intrigants du Grand Siecle*.

Maurice Rat, *Dames et bourgeoises amoureuses ou galantes du XVIIe. siecle*".

Les grandes favorites de toutes les époques et dans tous les pays, edición de selecciones de varios autores a cargo de Alain Decaux.



Lo contrario sucede con sus caricaturas propiamente dichas, si nos atenemos a la división tradicional de cartón y caricatura. Allí aflora toda su capacidad crítica, el dibujo es ágil y variado. Las escenas vallenatas con hamaca incluida, los presidentes, ex-presidentes, candidatos y ministros conforman un friso en el que se puede leer la historia del momento. La caricatura política de Antonio Caballero traspasa los límites del humor bogotano y se hace comprensible en todas las regiones. Ello se descubre desde las primeras páginas del libro: con sus supuestos tipos tomados de la mano, que escasamente hacen sonreír; en la página siguiente, la caricatura política que presenta a los ex-presidentes y al presidente logra que el lector del libro se sienta como un espectador de la comedia colombiana. La contraposición de sus dos formas de expresar el humor demuestra cómo Caballero es mejor dibujante a partir de figuras reales que cuando intenta moverse en el campo de la imaginación.

El libro, diagramado por Carlos Duque, de presentación impecable, tiene todas las condiciones de un buen álbum de caricaturas; las reproducciones, casi al tamaño, están documentadas con la fecha completa; produce placer examinarlo. Lo único que le falta es una breve biografía del autor.

Está dividido en prólogos elogiosos de escritores notables que comprenden de humor, como Gabriel García Márquez y Daniel Samper, y de artistas también notables, que dibujan el humor, como Hugo Barti y Héctor Osuna. Todos ellos dan una interpretación a los veinte años de humor de Caballero. Los dos últimos, tal vez por ser dibujantes, son quienes comprenden mejor al carica-

turista. Osuna afronta con valentía su misión de crítico: "Toma y retoma el dibujo a su antojo, con el mismo instrumento y el mismo desgano, pues para él no es un punto de llegada, sino apenas un vericuetto en el camino del decir, o artilugio desechable para soltar pompas de jabón por destellos de talento".

Artilugio es un buen nombre para *Reflexionémonos*. Este título recuerda una anécdota de un pintor colombiano, de provincia, famoso internacionalmente, a quien saca de casillas la solicitud bogotana de "Ala, enséñame tus monos". El destemplado nombre del libro da el tono del humor de Antonio Caballero, en el que la mayoría de las obras son pompas de jabón.

BEATRIZ GONZALEZ

Evocación de Gonzálo Arango

En 1931 nació un precioso niño en el hogar formado por don Francisco Arango y doña Magdalena Arias. Lo mecieron en su cunita. Le dieron biberón. Nadie sospechaba nada.

Lo conocí en 1946. Era entonces un chico de aspecto delicado, lo más inofensivo del mundo, siempre con un libro bajo el brazo. No servía para jugar al fútbol.

Le gustaba mucho quedarse haraganeando en el río, disputándoles las guayabas a los pájaros, leyendo a Platón. Le reproché porque no iba a clase. Me contestó: —Vos sos pen-dejo. Platón es mucho mejor maestro que don Sofonías Arcila.

Me dolió por don Sofonías. Me gustaba más el nombre de Sofonías que el de Platón, que parecía un apodo; y además don Sofonías era el profesor de ciencias naturales, mi materia preferida. Hacer herbarios, embalsamar animales: no hay una cosa más linda en la vida. Empecé a cogerle fastidio al tal Platón.

Nos hicimos muy amigos, Gonzálo y yo. Ustedes saben cómo es cuando dos chicos en el colegio se hacen ami-

gos: los profesores creen que son maricas. Si no fuera por los profesores, los muchachos podrían ser felices.

En ese tiempo la filosofía estaba de moda entre los estudiantes del liceo Juan de Dios Uribe, en Andes, a la orilla del torrencioso río San Juan, que se ha tragado carros con toda la gente adentro; y se cansan de buscar a los ahogados, y no los encuentran sino cuando ya van llegando al río Cauca, con ese modo de nadar, tan calmado e indiferente, que tienen los ahogados.

Y además de la filosofía, también estaba de moda entre nosotros la oratoria, y los más aficionados se iban a gritar improvisados discursos al río, y yo sé que el río los grabó, pero se los llevó hasta el mar, y ahora esos discursos andarán asustando a la gente en el mar. Porque entre ellos estaban los de Luis Aníbal Tascón, indígena que llegó a ser abogado para defender a su tribu, y entonces lo asesinaron; y estaban los de Gonzálo Arango, que quería ser orador y filósofo, y muchas otras cosas, algunas de las cuales eran incompatibles entre sí, por lo cual tuvo que escoger, y escogió, y no sabíamos que el escogido era él.

Yo cursaba el primero de bachillerato, Gonzálo el segundo, pues él en ese entonces iba adelante de mí, y ahora yo voy detrás de él.

Procuraba siempre apartarse a leer, y construyó un refugio en el solar de su casa, con ayuda de Bernardo Salazar, un compañero de Betulia, interno como yo. Los sábados y los domingos iban a trabajar. Pusieron piso de tablas, y paredes de tablas, y las ventanas no las pusieron de nada, sino de ventana, con un techo, para que, si llovía, la lluvia pudiera hacer ese ruido tan sabroso que a la lluvia le gusta hacer en los techos de las casas para que la gente que está debajo se quede quieta y empiece a bostezar y se vaya durmiendo con un libro en la mano.

Aquél refugio que Gonzálo construyó en el patio de su casa pasó a llamarse la isla, y Gonzálo y yo tuvimos desde entonces la obsesión por la isla. Como nunca pudimos tener esa isla, terminamos construyéndola dentro de nosotros mismos, y esa fue